

## **UNIDAD DE LA FAMILIA HUMANA Y CULTURA DE PAZ**

### **Discurso de Jesús Morán, Copresidente del Movimiento de los Focolares UNESCO, 15 de noviembre de 2016**

Ilustrísimos Señores Embajadores,

Mons. Francesco Follo,

Distinguido Señor Badarch DENDEV, Representante de la UNESCO

Amables participantes en este evento con motivo del 20º aniversario del Premio que la UNESCO confirió a Chiara Lubich sobre el tema de la Educación a la paz.

Con gratitud acojo esta oportunidad, que generosamente me han concedido, para hablar sobre el tema: unidad de la familia humana y cultura de paz.

**Hace veinte años** en esta prestigiosa sede, Chiara Lubich describía la relación entre la cultura de la unidad y la paz, presentando la experiencia del Movimiento de los Focolares en el mundo. Esta experiencia - decía- estaba al servicio del mutuo reconocimiento de la dignidad de cada uno, favorecía un estilo de vida comunitario, derribaba las barreras artificiales que producían desconfianza, hostilidad y enemistad, y sobre todo presentaba la idea clave para un nuevo orden mundial basado en la visión de la paz: la Humanidad como familia, con Dios Padre, fuente de amor infinito para todos y cada uno. Y mientras se levantaban vientos de guerra en la Humanidad de entonces, Chiara Lubich ponía en evidencia las muchas iniciativas y experiencias que evidenciaban el camino de la búsqueda de la unidad entre las personas, las comunidades, los pueblos.

Hace veinte años el mundo era distinto. Estaba afectado por numerosos conflictos, que se presentaban de manera más bien localizada e implicaban a unos determinados grupos beligerantes. Los años sucesivos mostraron el rostro duro y angustiante de nuevas situaciones de guerra. Recordamos las primaveras árabes, con la consecuente inestabilidad del área de Oriente Medio y la formación del autodenominado Estado Islámico. Permanecen aún vivas en nuestra mente las imágenes de la destrucción de enteras ciudades, de la devastación de monumentos y obras de arte. Hace veinte años nadie podía pensar que Europa pudiese ser el escenario de ocupación en una región de un Estado por parte de otro Estado limítrofe, como sucedió en Crimea. El recrudecimiento de los conflictos en Afganistán, en Birmania, el golpe de Estado en Tailandia, los conflictos entre grupos religiosos en África central, y en otras regiones de África Subsahariana, parecen llevar las agujas del reloj atrás en el tiempo, a épocas de inestabilidad política que, quizás, hace veinte años eran menos evidentes.

La guerra es, hoy día, un drama de mil rostros. A las guerras entre los Estados se añaden las guerras en el interior de los Estados, entre las etnias, entre los grupos políticos y comunidades religiosas. A veces es combatida por los ejércitos regulares, otras veces por milicias irregulares, o por grupos de mercenarios, o por "lobos solitarios" irreconocibles, como sucede en las acciones terroristas.

También los instrumentos de la guerra han cambiado. Es evidente que actualmente las guerras se manifiestan con frecuencia en los inéditos campos de batalla de los mercados financieros y económicos, para la obtención de las materias primas y de los recursos energéticos, para conquistar nuevos mercados.

La aparición y el desarrollo de nuevos conflictos exigen también a las culturas de paz, encontrar respuestas nuevas y actuales.

Pensemos, por ejemplo, en la cultura de la no violencia. Ésta es una auténtica fuerza revolucionaria al servicio de la pacificación de los contextos de guerra más atroces. Es potente porque transforma la injusticia sufrida en oportunidad para implantar acciones de paz y de perdón. Es la respuesta de quien, habiendo sido ofendido y perseguido, rechaza empuñar las armas porque no cree que las acciones de guerra sean el modo razonable para superar los conflictos. Pero hoy día está sucediendo algo nuevo: los civiles desprotegidos, víctimas de actos terroristas, están indefensos, son inocentes, están desarmados. Son, en otras palabras, no violentos, pero sin haber podido elegirlo.

Por otro lado, ni siquiera sabían que se encontraban en un campo de batalla. ¿Qué es entonces la no violencia, cuando en vez de ser una elección ética se convierte en una circunstancia imprevisible?

Podemos también pensar en la cultura de la paz basada en el normativismo. Ésta tiene su fundamento teórico en la obra de Immanuel Kant: *Zum Ewigen Frieden*<sup>1</sup> (*La paz perpetua*), en la cual el filósofo prusiano delineó las razones de un orden no ético, sino jurídico, racional y contractual, de la paz entre los Estados y las comunidades. Pero los actuales escenarios globales han introducido en la escena a nuevos actores sociales, indiferentes a las diplomacias, a los acuerdos, a las negociaciones de las ventajas y desventajas de la cooperación internacional.

La espiritualidad de Chiara Lubich, centrada en la unidad, puede aportar una contribución a las actuales culturas de paz. El Movimiento de los Focolares está comprometido, junto a otras organizaciones, en estos ámbitos. Está presente en aproximadamente 180 Países del mundo, y en muchos de ellos representa una especie de ‘escuadrón’ por la unidad y la paz. Permítanme recordar aquí, que actualmente existe una comunidad de los Focolares en Alepo, en Siria, que ofrece espacios para compartir y solidaridad recíproca a una población martirizada por la guerra. Existen comunidades vivas en los Países de la franja central del continente africano, que visité hace poco tiempo, donde la violencia por la intolerancia se cobra cotidianamente víctimas. Recientemente se concluyó en Tlemcen (Argelia) el Congreso Musulmán del Movimiento de los Focolares, con la participación también de cristianos de distintas partes del mundo, con la invitación a trabajar más capilarmente y con mayor profundidad para construir una cultura de paz. También estamos presentes y activos a favor de la paz en Países en donde la misma está actualmente amenazada.

El primer objetivo de estas iniciativas es, obviamente, el cese de los conflictos y la instauración de un clima social y civil pacífico. Pero, como la historia contemporánea nos ha enseñado a menudo, hoy día las razones para la paz implican cuestiones más profundas.

En este sentido, el Movimiento de los Focolares, ejerce una justicia social fundada en la comprensión de que, en nuestro mundo global, el futuro será cada vez más compartido, y las guerras y las miserias localizadas tendrán igualmente repercusiones globales. Nadie puede salvarse por sí mismo, nadie puede esperar ser feliz solo. Ocuparse del bien y de la paz del otro, actualmente es decisivo para ocuparse de la propia felicidad, como enseñan figuras tales como Zygmund Bauman, y antes John Dewey y Karl Mannheim<sup>2</sup>.

La espiritualidad de los Focolares en este sentido puede dar una contribución útil para la edificación de una nueva cultura de paz. Ésta fue definida por Chiara como una espiritualidad colectiva, comunitaria. Desde el punto de vista político, se podría pensar que esto significa sencillamente que se realiza en torno a una entidad colectiva, como el Estado, un partido, o una Iglesia. No es así, y entre otras cosas la historia moderna nos ha mostrado el terrible rostro que producen los colectivismos cuando intentan imponer sus visiones éticas y de esta manera, provocan la violación de las libertades individuales y generan nuevas guerras, no la paz.

En cambio, la espiritualidad de los Focolares se distingue de las espiritualidades individuales por el hecho de que éstas se basan normalmente en una vida religiosa conquistada como búsqueda personal. La espiritualidad comunitaria añade a esta búsqueda individual, un itinerario específico según el cual, se llega a Dios juntos, es decir unidos a la figura de Cristo (según las palabras del Evangelio de Juan: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” Jn. 17, 21) y construyendo la unidad entre todos (“Para que todos sean uno” Jn 17, 21).

Entonces, en el centro de nuestra experiencia no se encuentra una entidad colectiva, no existe un “nosotros” impersonal, sino una persona: la persona de Jesús<sup>3</sup>.

Por tanto, es Jesús quien lleva su paz. Es más, Jesús nos indica la medida radical con la cual tendríamos que actuar para curar cada herida, para sanar cada problema, para resolver cada conflicto. Amar como Él nos ha amado, hasta subirse a la cruz por amor a la Humanidad. De esta manera no sólo lo seguiremos, en el amor recíproco, sino que estaremos con Él, actuaremos como Él, y dejaremos por tanto que Él realice la Historia.

Por consiguiente, en Jesús la unidad y la paz son lo mismo.

<sup>1</sup> I. Kant, *Zum ewigen Frieden*, 1795.

<sup>2</sup> A través de estas iniciativas, el Movimiento de los Focolares pretende construir un clima social basado en los principios de paz y armonía, capaz de poner en el centro de la acción pública el bien común, que se propone más allá de todo interés particular de naturaleza económica, financiera o geopolítica.

<sup>3</sup> Jesús puede componer el mosaico rico y variado de nuestras comunidades. La paz es un don suyo, como escribe Isaías: “Señor, Tú nos aseguras la paz, porque eres Tú el que realiza por nosotros todo lo que nosotros hacemos” (Is 26, 12). Tomás de Aquino ya había intuido que este pasaje era la clave hermenéutica para relacionar la acción humana con la Providencia de Dios. Cf. Tommaso D’Aquino, *Summa contra Gentes*, III, 67.3 Giovanni XXIII, *Pacem in terris*, 1961, § 89.

Ésta es la fuente de inspiración. Si es verdad que el deseo de paz inspira a todos los hombres de buena voluntad<sup>4</sup>, si es también cierto que se encuentra inscrito en el corazón de cada hombre; cuando ese anhelo se traslada del corazón a la mente, y después a la acción, entonces, en ese momento se vuelve cultura.

Esta cultura de paz basada en el ideal de la Unidad (como le gustaba llamarlo a Chiara) será capaz de afrontar los desafíos planteados por el pluralismo ético y religioso. La convivencia de comunidades y pueblos que tienen diferentes visiones del mundo es un desafío para la paz. Seguramente será difícil que emerja la paz si una de estas concepciones pacifistas prevalece sobre las otras. Aún siendo loables los intentos por difundir los principios de tolerancia, democracia, concordia, en todos los rincones del mundo, no podemos engañarnos por el hecho de que existan otras concepciones de la buena vida, otros principios de ética social o sencillamente porque la ética que estamos utilizando no se corresponde con la de otras culturas.

No hay otra solución salvo iniciar procesos de diálogo que involucren diferentes culturas, diferentes credos, distintas concepciones del mundo, orientados al mutuo reconocimiento, a la cooperación internacional, a la promoción de la solidaridad y del bien común. Éstas son las características de una comunidad fundada sobre un estilo de vida que busca la unidad. Y cuando ésta se manifiesta, representa una fuerza capaz de generar soluciones pacíficas increíbles. Me viene a la mente lo que le sucedió este verano a Jacques Hamel, quien fue asesinado en la Iglesia de S. Étienne-de-Rouvray. Ese trágico episodio llevó a muchos ciudadanos islámicos a entrar en las Iglesias cristianas para un momento de reflexión y unidad. Esta elección provocó al terrorismo un golpe mucho más duro que las múltiples estrategias políticas y militares.

Ésta es la cultura de paz que nace de la unidad. Su eficacia se puso en evidencia el pasado mes de septiembre en Asís, en el encuentro de diálogo entre las religiones y las culturas, después de treinta años del primer y gran encuentro deseado por San Juan Pablo II.

El Movimiento de los Focolares está al servicio de esta prospectiva, que actualmente se considera determinante para pacificar un mundo cada vez más interdependiente. La profecía del mensaje de Chiara Lubich, que fue premiada hace veinte años por la UNESCO, resuena hoy día eficaz y más actual que nunca.

Gracias.

---

<sup>4</sup> Juan XXIII, *Pacem in terris*, 1961, § 89.